

Tejido abbasí de seda, con figuras de elefantes y camellos, de la segunda mitad del siglo X (Museo del Louvre, París).

Los abbasidas y el fraccionamiento del califato

por JUAN VERNET

La imagen que Occidente se ha formado del Islam se basa, fundamentalmente, en las noticias que, más o menos deformadas, fue conociendo con el correr de los siglos acerca del imperio abbasí. En efecto, el momento de apogeo del Islam coincidió con la época inicial de dicha dinastía, que se enraizaba tradicionalmente con la propia familia del profeta Mahoma. Según la historiografía tradicional, Abu-l- Abbas descendía del tío de Mahoma, al- Abbas, que tan importante papel había representado en determinados momentos de la predicación de su sobrino. Sin embargo, este nexo genealógico no está tan claro como parece, puesto que casi todos los partidos políticos árabes intentaron defender su ideología basándose en unos vínculos más o menos reales con la familia del profeta.

Hacia el fin de la época omeya se disputaban el poder dos grupos de la chiía: el moderado, cuyos adalides descendían de Alí, el primo de Mahoma, y de la hija de éste, Fátima, y el extremista, dirigido por los descendientes del propio Alí y una segunda esposa apodada la Hanafiyya. Puede verse, pues, que ambos bandos se entroncaban, genealógicamente hablando, al mismo clan coraixí.

Las fuerzas que apoyaron a los abbasíes,



Miniatura persa del siglo XV que representa al primer califa abbasí, Abu-l- Abbas, recibiendo el juramento de fidelidad del pueblo en la mezquita de Al- Kufa (Museo Británico, Londres).

militantes del grupo extremista, recibieron el nombre de hachimíes, y la historiografía oficial y tardía explicó que este último nombre se debía a que Hachim había sido el antepasado común de Mahoma, Alí y al-Abbas, cuando, en realidad, aludía a un tal Abu Hachim Abd Allah, descendiente de la Hanafiyya, quien al morir en el año 716 había legado el imanato (dirección temporal y espiritual de sus secuaces) a Muhammad ben Alí ben Abd Allah. Éste pasó a ser así jefe del partido de los hachimíes o rawandíes.

Muhammad ben Alí empezó inmediatamente una labor de proselitismo que tuvo especial resonancia entre las clases humil-

des, proletarias y heterodoxas del imperio y, muy en concreto, entre las minorías religiosas de la zona oriental de Persia, en el Jurasán, en donde los mazdeístas y budistas se convirtieron al Islam, para apoyar, armas en mano, la predicación de uno de los principales activistas hachimíes: el persa Abu Muslim.

Al morir Muhammad le sucedió (743) en la dirección del partido su hijo Ibrahim, y en este momento un grupo de árabes dirigidos por Qahtaba se puso a su lado. Abu Muslim dejó que los chiíes moderados y los jarichíes se sublevaran y fracasaran en sus reivindicaciones frente al gobierno omeya e, inmediatamente después, enarbolando el estandarte negro que las profecías escatológicas de la época atribuían al Mesías, se levantó. Sus fuerzas, saliendo del Jurasán, vencieron al ejército omeya y cruzaron el Éufrates en el 749.

El avance victorioso de los sublevados no fue cortado ni por la detención ni muerte de Ibrahim por el califa Meruán. Inmediatamente se puso al frente de sus partidarios su hermano Abu-l- Abbas, y las tropas gubernamentales mandadas por el califa en persona fueron vencidas definitivamente en el Gran Zab (750). Meruán consiguió huir a Egipto, pero allí fue detenido y ejecutado.

¿Qué representaban los vencedores? A creer a la historiografía tradicional, su partido reivindicaba la superioridad de los indoeuropeos sobre los semitas: los persas habían vencido a los árabes, consagrando así, una vez más, la supremacía aria. Esta tesis, grata a los seguidores de Gobineau, es insostenible.

TEORIA Y PRACTICA EN LA POLITICA ARABE

Ibn Jaldún (1332-1406), autor tunecino descendiente de abuelos sevillanos que tuvieron que abandonar su patria ante el avance de la Reconquista, en el extenso Prólogo *(Muqaddima)* que puso a su "Historia Universal" *(Kitab al- ibar)* inventarió las constantes a las que se había sujetado la evolución del mundo árabe hasta su época, anotando que "cuando una dinastía radica de modo sólido en una familia o en un clan, cuando la monarquía es absoluta y la tribu que le sirvió de apoyo para alcanzar el poder se encuentra alejada de éste, cuando la monarquía es efectivamente hereditaria, se ve frecuentemente que los ministros se hacen dueños del verdadero poder. Esto acostumbra ocurrir cuando el padre deja por heredero a un niño o a un príncipe sin carácter o bien cuando uno de éstos es colocado en el trono por sus criaturas y servidores. Es evidente que entonces es incapaz de gobernar y el poder recae en las manos de su tutor, visir de su padre, cliente o contríbulo. Este personaje parece ser el custodio del poder, pero pronto se ve que lo ejerce de hecho y que utiliza las circunstancias para asegurar su propia autoridad: mantiene al joven príncipe apartado del pueblo; le acostumbra al lujo y le facilita todos los placeres, llevándole poco a poco al abandono de sus deberes y termina dominándolo por completo; le convence de que la función del rey consiste en sentarse en el trono, en estrechar las manos de los altos funcionarios, en obligar a que le den el tratamiento de 'señor' y en gozar de las mujeres del harén. El príncipe queda convencido de que es el ministro quien debe ejercer de hecho el poder ejecutivo, gobernar y disponer con todas las prerrogativas regias, tales como el mando del ejército, la dirección de las finanzas o la defensa nacional. Y le encarga de todos estos asuntos. Finalmente, el ministro adopta el talante de quien gobierna, de quien reina efectivamente. El poder real le pertenece ya y lo conserva para su familia y sus propios hijos. Tal ha sido el caso de los buyíes, de los turcos con Kafur al- Ijsidí, y otros muchos más en Oriente. Lo mismo sucedió con Almanzor ben Abi Amir en España.

"Puede darse el caso de que el príncipe tutelado y privado de autoridad se dé cuenta de su situación e intente emanciparse. En ese caso puede devolver el poder real a su familia y poner fin a los abusos del tutor, asesinándolo o destituyéndolo. Pero este caso es muy raro. En general, cuando una dinastía cae bajo la tutela de sus ministros y de sus clientes, continúa sometida para siempre: es esclava del lujo, de la molicie y del bienestar en que se han educado los jóvenes príncipes. Y éstos olvidan las cualidades viriles del hombre, pues sus nodrizas y sirvientas han limado las aristas de su carácter, los han afeminado: no quieren gobernar, pues carecen del hábito del ejercicio del poder, que es prerrogativa de la superioridad. Su ambición se limita a satisfacer su prestigio y a gozar del placer y de todos los lujos. De este modo, libertos y clientes se hacen con el soberano cada vez que una familia real llega al cenit del poder y aleja de sí al clan que le elevó. Esto es lo que ocurre con las dinastías, conforme se ha visto. Tales son los dos males dinásticos casi siempre incurables: 'Dios da su realeza a quien quiere' " (*El Corán,* 2, 247).

En efecto, los fundadores de una dinastía triunfan gracias a la solidaridad que guardan con los individuos de su tribu, pues los lazos de sangre les obligan a seguirlos y se identifican con los propios intereses del soberano. Esta identificación constante hace viable la supervivencia de la dinastía. Pero el personaje que consigue sobreponerse al rey participa de la ideología de la tribu que monopoliza el poder o en la de sus libertos y clientes. Esa ideología es la misma de la familia real, depende de ésta y, por tanto, no puede alzarse contra ella. Por ello, aunque sea el más fuerte, no ejerce descaradamente el poder real y se contenta con sus frutos, es decir, con el poder ejecutivo: prohíbe, autoriza, anuda, ata y desata. Da así la impresión de cumplir sólo las órdenes del príncipe y de que éste se encuentra detrás de ellas: evita utilizar sus atributos, los emblemas y títulos reales, y procura estar a cubierto de toda sospecha a este respecto, por más que su poder sea ilimitado. Se escuda en la barrera levantada por el príncipe y sus antepasados para poner coto a las exigencias de su tribu en el momento de la fundación de la dinastía y procura pasar por un simple mandatario del soberano.

Si usurpara esta última prerrogativa regia, los partidarios y la tribu del monarca se irritarían y se esforzarían en desbancarle, y como él, de por sí, carece de una ideología específica que le permita reinar, gestos demasiado evidentes en este sentido le precipitarían en el vacío. Eso es lo que le ocurrió en España al hijo de Almanzor, Abderramán Sanchuelo: quiso compartir el título califal con Hicham II y su familia, no quiso contentarse sólo con el poder ejecutivo que habían ejercido su padre y su hermano, quiso heredar a su propio califa Hicham, y los omeyas y los coraixíes, indignados y furiosos..., se sublevaron: estos acontecimientos pusieron fin a la dinastía de ministros amirí y fue causa de la muerte del propio Hicham.

J. V.

Mezquita chiita de Kazimain, en un suburbio de Bagdad, la nueva capital del califato abbasí fundada por Al- Mansur, consolidador de la dinastía.

Cierto que en el ejército vencedor se encontraban grandes masas de persas recién convertidos al Islam, cierto que éstos accedieron a altos cargos de la administración, pero no menos cierto es que los privilegios de que disfrutaban los árabes se mantuvieron intangibles, que Arabia permaneció exenta de impuestos y que la política siguió los moldes trazados por la dinastía anterior, de pura estirpe árabe.

El enfrentamiento con Bizancio tuvo, si cabe, aún mayor virulencia. El árabe continuó siendo la lengua oficial de la administración, y el que la estructura de ésta respondiera en lo sucesivo a la utilizada por los sasánidas no representa mayor novedad, ya que, en definitiva, vino a sustituir a otro esquema tan poco árabe como era el bizantino utilizado por los omeyas. Que la ideología del gobierno abbasí iba a ser durante mucho tiempo de raigambre netamente árabe se prueba por el placer con que los persas al servicio de la administración (al igual que en España los visigodos) inventaron genealogías árabes para ennoblecer su linaje y por el hecho de que hasta bastante tiempo después no nacieran los partidos nacionalistas, que, bajo el nombre de chuubíes, iban a intentar reivindicar los valores autóctonos de las diversas provincias del Imperio.

Abu-l- Abbas recibió el apodo de al- Saffah (750-754), que tanto puede significar sanguinario (por la depuración que hizo de los cuadros de la anterior administración) como generoso (por las mercedes que concedió a sus secuaces). La liquidación de los omeyas en un banquete dio origen a la primera escisión territorial importante surgida en los dominios del Islam, puesto que uno de éstos, Abd al- Rahman el Inmigrante, consiguió llegar hasta España y crearse en ella un feudo independiente (756). Consecuencias menos



graves tuvo su entrada en la ortodoxia: era imposible gobernar a tantos millones de súbditos que no compartían las ideas extremistas en nombre de las cuales se había hecho la revolución, y la "domesticación" posterior de los chiíes, a base de colmarlos de prebendas o de liquidarlos a traición.

Al- Mansur (754-775) puede ser considerado el verdadero consolidador de la dinastía tras deshacerse de aquellos partidarios demasiado idealistas, como Abu Muslim, que no entendían nada del sacrificio de sus puntos de vista en aras de la mayoría y de aquellos otros que, demasiado serviles, intentaban adorarle como encarnación de Dios. Aconsejado por el ex budista Jalid ben Barmak, reorganizó la administración, fundó Bagdad e intentó consolidar su autoridad reforzando los vínculos religiosos con preferencia a los raciales. En este aspecto, la política abbasí será constante y tenderá a deshacer la situación establecida en favor de los árabes por Omar ben al- Jattab, cosa que sólo conseguirá al- Mutasim un siglo después.

Todos estos cambios fueron introducidos mediante una hábil propaganda. El califa se preocupó de atraerse a los intelectuales de la época y, muy en especial, a los poetas, que con sus versos de circunstancias representaron en la sociedad medieval un papel parecido al de los actuales periodistas; al mismo tiempo procuraba que circularan anécdotas y chismes capaces de impresionar al pueblo en el sentido que convenía a sus particulares intereses. Esta propaganda, continuada por sus sucesores, sirvió para pintar a los dueños del poder como un dechado de virtudes cuando, las más veces, eran unos hipócritas y libertinos.

Al- Mahdí (775-785) terminó de estructurar los distintos ministerios: el de Hacienda, que para subvenir a sus necesidades tuvo que recurrir a gabelas extraordinarias no previstas en el Corán y que tendió a aumentar desmesuradamente los derechos de aduana; en cierto modo, y en conexión con este departamento, se encontraban las oficinas de las casas civil y militar del califa, que funcionaron esporádicamente, y las del tribunal de Cuentas; aparte estaban los ministerios de Comunicaciones (correos, palomas mensajeras y el telégrafo óptico a base de fuegos, que era capaz de transmitir una noticia desde Alejandría a Gibraltar en una noche despejada); del Ejército, del Interior, y un tribunal de Casación que, trasplantado en España, tal vez constituyera el modelo del Justicia de Aragón. Igualmente se le debe la organización de una oficina destinada a velar por la pureza de la fe, que si inicialmente se dedicó a perseguir a los mazdeístas, terminó, ya lo veremos, queriendo implantar la ortodoxia tal y como la entendía el gobierno y, en este aspecto, fue una especie de Inquisición estatal.



Panel de madera labrada del siglo XI, con figuras relativas a la música y a la caza, procedente de El Cairo (Museo del Louvre, París).

Harún al- Rachid, su hijo y sucesor (785-809), marca el máximo apogeo de la dinastía: venció todas las sublevaciones –por omeyas, jarichíes, etc.– que contra él se alzaron y hacia el final de su reinado (803) se libró de la influencia de los visires barmekíes, que desde cincuenta años atrás administraban el imperio. Pero, en cambio, tuvo que soportar o reconocer que las provincias más distantes escaparan de sus riendas: Marruecos, con Idris I (788), y Túnez (800), con Ibrahim ben Aglab. Si en algún caso, el último por ejemplo, la independencia quedaba disimulada mediante la apa-

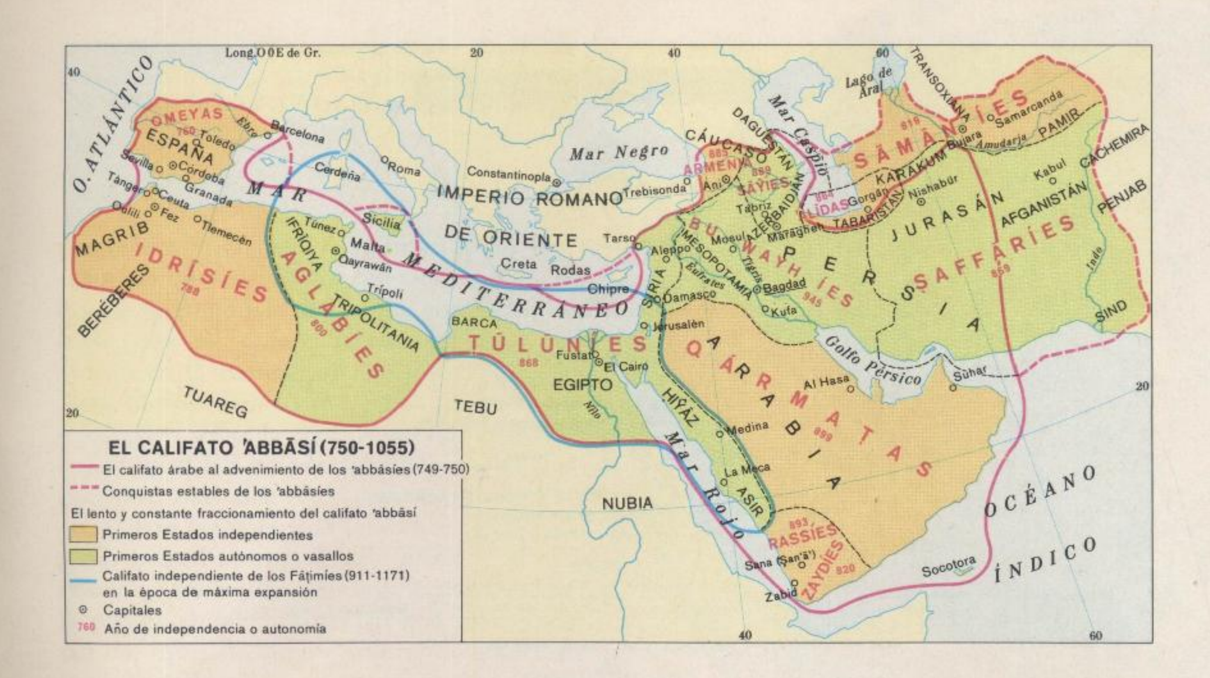


El califa abbasí Al- Mahdí recibe masajes de un esclavo (miniatura persa del siglo XV, en el Museo Británico, Londres).

riencia de una delegación de funciones (y entre ellas las de acuñación, cobro de impuestos, nombramientos de funcionarios, etcétera), no por eso era menos efectiva.

Por otra parte, en las propias provincias orientales nacía un sentimiento nacionalista que contribuyó a enconar las pasiones y a hacer más difícil la convivencia entre árabes y autóctonos. Como prototipo de estos chuubíes puede considerarse al gran poeta Abu Nuwas (muerto en 813) y más tardíamente a Tugraí, y en España, a Abu Amir ben García. Y nota curiosa: todos estos nacionalistas reivindicaron "su" tradición en la lengua de los conquistadores, el árabe, en cuyo manejo llegaron a un preciosismo extraordinario.

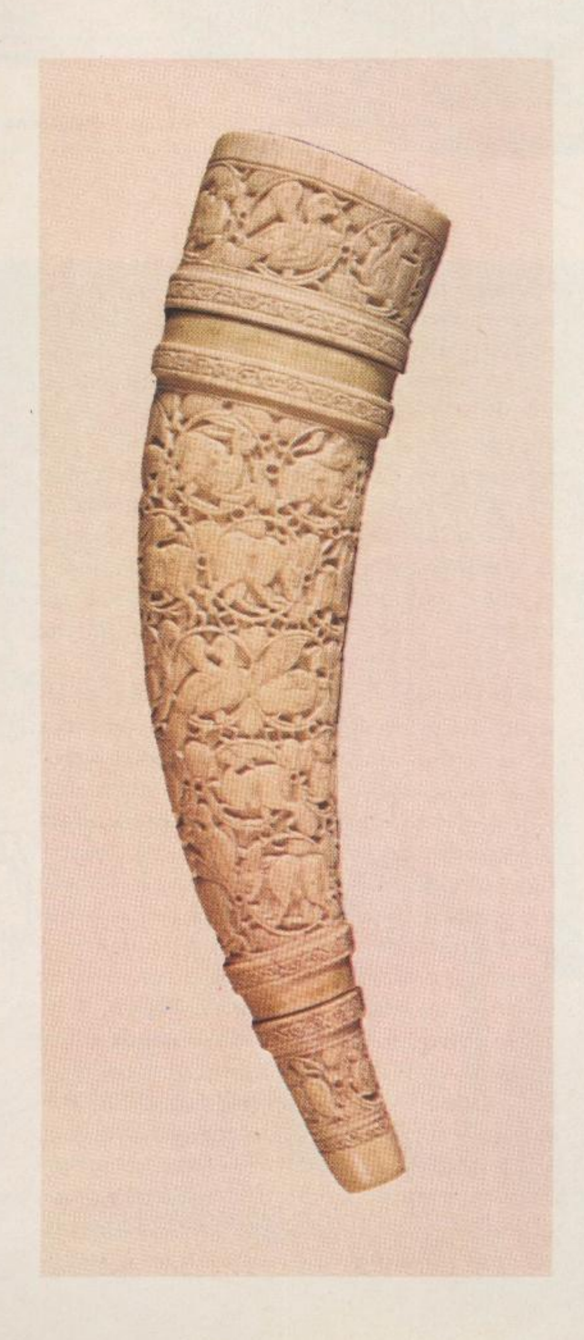
La política exterior de Harún al- Rachid no conoció grandes éxitos a pesar del empeño que en ello puso el soberano: el *statu quo*



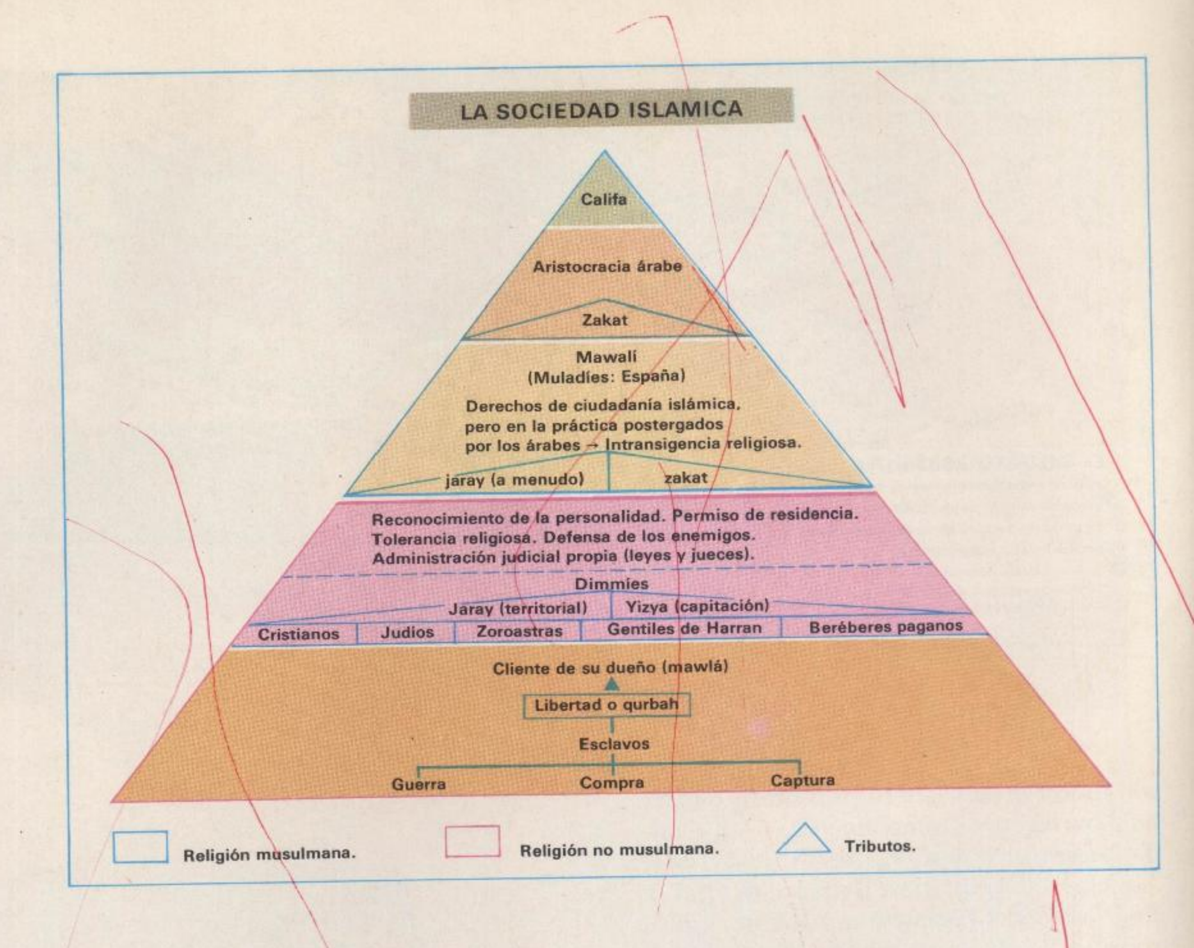
con Bizancio no se alteró y sus bravuconadas no pasaron de ser puras amenazas. Así, cuando Nicéforo le negó el tributo, le escribió: "En el nombre de Dios. De parte de Harún, Emir de los Creyentes, a Nicéforo, perro romano. He leído tu misiva, hijo de madre infiel. La respuesta no la oirán tus oídos: la verán tus ojos". Pero si la vieron no tuvo mayores consecuencias, puesto que la frontera entre ambos estados se mantuvo prácticamente inalterada.

Al morir Harún al- Rachid le sucedieron sus dos hijos, al- Amín en las provincias occidentales, y al- Mamún en las orientales. Éste consiguió deshacerse muy pronto del primero, quien, tras ser vencido por el general Tahir, fue asesinado. Dueño único del imperio, al- Mamún (809-833) supo mantener buenas relaciones con los chiíes moderados y malas con los ortodoxos sunníes. Este último extremo tiene particular importancia, puesto que se encuentra en la base de las discusiones teológico-filosóficas que han escindido el Islam a lo largo de los siglos y, en cierto modo, sólo hoy, en contacto con Occidente, empiezan a ser superadas.

Para los sunníes era cuestión de principio admitir que el *Corán,* libro que contiene la palabra de Dios, era eterno y, por consiguiente, increado, es decir, el Verbo de Dios existía con Éste. Pero al- Mamún, basándose en el propio *Corán,* en la azora 43, versículo 2/3: "Nos hemos dado (*chaalna- hu*) un Corán árabe", sostenía, apoyando así a los mutaziles, partidarios del libre albedrío, todo lo contrario. Y como estaba dispuesto a hacer compartir sus ideas por los funcionarios de la administración, decidió que éstos fuesen interrogados acerca de este extremo por el



Cuerno de colmillo de elefante, con bajos relieves de animales, hecho en Sicilia o sur de Italia por un artista musulmán del siglo XI (Staatsliche Museum, Berlín).



tribunal de la Inquisición, que, ya vimos, había actuado antes persiguiendo a los herejes y relapsos.

En consecuencia, la *mihna* –tal era el nombre árabe de dicho organismo– inició sus pesquisas para librar al gobierno de heterodoxos y los funcionarios se defendieron jurando en falso (el Islam admite la *taqiyya* o abjuración, en el caso de que la vida de sus fieles esté en peligro) o resistiéndose y yendo a parar con sus huesos a la cárcel y al tormento, como ocurrió con el gran jurista Ibn Hanbal.

El reinado de al- Mamún marca el principio del gran siglo de oro de las ciencias y de las letras árabes. Según cuentan las crónicas, una noche se le apareció en sueños Aristóteles y le aconsejó que se preocupara del estudio de la ciencia griega. Al despertar, el califa quiso hacer realidad lo soñado y empezó a buscar manuscritos de los sabios de la antigüedad, que pagó a peso de oro, y despachó embajadas a Bizancio con el fin de adquirir las obras maestras de Platón, Aristóteles, Arquímedes y de todos cuantos sabios conocía de oídas. Para impulsar estos estudios fundó la *dar al- hikma* (casa de la sabiduría), especie de biblioteca y *scriptorium*, en la cual trabajaron casi todos los científicos de nota de la época y donde el griego, el siríaco y el árabe eran lenguas frecuentemente utilizadas.

La muerte de al- Mamún marca el principio del fin de la época áurea de la dinastía: su sucesor al- Mutasim (833-842), que había descubierto el valor militar de los turcos del Asia Central, hizo de éstos unos nuevos pretorianos que pronto jugaron a hacer y deshacer califas, de acuerdo con sus particulares intereses; la fundación de una nueva ciudad, Samarra (capital del imperio entre 836 y 892), marcó el alejamiento del soberano respecto del pueblo de Bagdad: en lo sucesivo, califa y súbditos estarán más y más alejados y las predicaciones extremistas de chiíes, en especial de la rama ismaelí, encontrarán una gran audiencia entre la plebe.

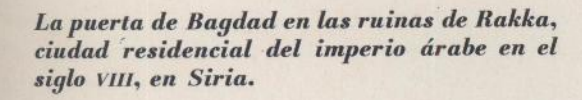
Al- Mutawakkil (847-861) intentó ampliar las bases de su poder, pero apenas tuvo éxito en sus intentos, a pesar de haber derogado el decreto de la creación del *Corán*; puso la Inquisición al servicio de lo que tradicionalmente se ha venido entendiendo por ortodoxia y reforzó las medidas discriminatorias respecto de cristianos y judíos. A su muerte (asesinado), la más espantosa anarquía hizo mella en el Iraq, en donde un siglo de buen gobierno había permitido que se estructurase una sociedad capitalista muy evolucionada.

Por un lado se sublevó (868) el subproletariado, representado por los esclavos negros *(zanch)*, que llegaron a controlar todo el Iraq meridional, buena parte de Persia y

Cerámica árabe decorada de fines del siglo XII *(Victoria and Albert Museum, Londres).*



pusieron en peligro a la misma capital; por otro, los cármatas (894), quienes, basándose en las pretendidas doctrinas socialistas de Abu Darr al- Gifarí, intentaron crear un estado en la Badiyat al- Sam, a caballo de Siria, Mesopotamia y el Nechd: un impuesto progresivo sobre la renta tenía que terminar con la igualdad económica de todos los ciudadanos; más allá, en el extremo occidente, triunfaban las doctrinas ismaelitas, que iban a dar origen al anticalifato fatimí y, de rechazo, al omeya de Córdoba; en Persia era la propia chiía, en su expresión más original, la que hacía imposible el gobierno desde Bagdad.



La puerta de Bagdad en las ruinas de Rakka, ciudad residencial del imperio árabe en el siglo VIII***, en Siria.***

Este proceso de disgregación y descomposición conoció un breve paréntesis durante el reinado de al- Mutamid (870-892), cuyo hermano al- Muwaffaq, verdadero primer ministro, implantó el orden en Bagdad y contuvo a los cármatas y los *zanch*. Al- Mutadid (892-902) consiguió restablecer su autoridad en Persia y Egipto, pero a la postre todo se vino abajo y sus sucesores tuvieron que ver cómo se restringía su zona de influencia y de autoridad, teniendo que delegar el poder real en un *Amir al- umara* (Príncipe de los príncipes), cuyo título era un calco del califal de Príncipe de los Creyentes.

Para colmo de desgracias, este cargo cayó en el 945 en manos del chii Muizz al- Dawla, miembro de la familia buyí o buwayhí, y desde este momento el califato quedó reducido a una simple función decorativa, destinado a legitimar el poder temporal de cuantos lo alcanzasen, lo solicitasen y siempre y cuando sus intereses no se contrapusieran a los de los *Amir al- umara*.

Es en esta época cuando se va forjando el concepto de califa, que ha perdurado a lo largo de los siglos: sombra de Dios en la tierra; poseedor en sí de los poderes temporal y espiritual; de conducta siempre recta dentro de los límites de la xaria, etc. Es el momento en que se establece la teoría de la necesidad de la existencia del califa para la supervivencia del Islam y que se hace de este postulado la pieza clave de la doctrina política del estado.

La instauración de la tutela buyí sobre el califato no dejó de tener sus ventajas, puesto que contribuyó a escindir a la chiía y a restar impulso al sector extremista de ésta, representado ahora por los fatimíes o septimanos, y cuando éstos llegaron a ocupar Egipto y a constituir un peligro inminente para el Próximo Oriente, vieron neutralizados sus esfuerzos por las predicaciones de los chiitas duodocimanos, es decir, de los que creían que el califato pertenecía al duodécimo descendiente de Alí, que había desaparecido un siglo antes, pasando a ser el imán oculto.

El califato abbasí, pues, debió la salva-

EL CALIFATO AYER Y HOY

La imagen del "califa" creado por los poetas cortesanos y los tratadistas de derecho público de la época abbasí es la que ha perdurado, prácticamente incambiable, hasta hoy y podría resumirse en estos versos de un autor árabe:

"Todo ocurrirá según tu voluntad y no según la del destino. Manda: tú, califa, eres el único todopoderoso".

De aquí se pasó a considerar el califato como una institución necesaria para la supervivencia del Islam y al califa como impecable, infalible y mantenido dentro de la Ley por la fuerza coercitiva moral de ésta. Y nacieron los abusos. Sólo algún espíritu fuerte medieval, como Ibn Jaldún, atisbó la falsedad de tal doctrina, que en nuestros días ha puesto de manifiesto el erudito egipcio Alí Abd al- Raziq (1925), quien en un momento de crisis para todos los valores tradicionales del Islam, el de la supresión del califato por la República Turca, hizo observar que ni en tiempo de los inmediatos sucesores de Mahoma el cargo en cuestión había significado lo que los integristas pretendían.

Su estudio, exhaustivo, señaló que Mahoma reunió en sí, a la vez, dos cualidades distintas: la de profeta y la de soberano. La primera era intransmisible y murió con él. Y el primer califa lo dejó bien sentado al adoptar el título de "lugarteniente", que tal es lo que indica la voz árabe en cuestión (y por eso el califa del Protectorado español de Marruecos tenía como origen de su autoridad la que le había delegado su soberano, el sultán de Marruecos, con residencia en Rabat). Lo que resultó claro es que si el primer soberano Abu Bakr se llamaba "lugarteniente del lugarteniente del Enviado de Dios" y como estos títulos, conforme fuesen corriendo los siglos, amenazarían con hacerse interminables, se optó por cortar por lo sano y dar a todos sus sucesores el mismo título que había ostentado Abu Bakr.

Ahora bien, los políticos abbasíes se preocuparon de que cayera el primer genitivo, transformando a su soberano en "lugarteniente de Dios" (en la tierra). Pasó a ser una especie de Luis XIV o Inocencio III musulmán. Que los sucesores de Mahoma no fueron apóstoles se prueba desde el momento que determinados musulmanes como Sad ben Ubada se negaron a reconocer a Abu Bakr, sin caer por ello en la herejía.

Podría argüirse que en vida de Mahoma lo civil y lo religioso estaban tan estrechamente ligados que no se podía concebir profecía sin soberanía y que la primera había quedado en entredicho ante determinados actos de gobierno e instituciones creadas por aquél. Ejemplo de lo último sería la instauración del *chihad* o guerra santa, pero ¿quién puede acusarle de ello? El gran poeta egipcio Ahmad Sawqí ha dicho, refiriéndose a este extremo:

"Han dicho: Has hecho guerras de conquista cuando los profetas de Dios no han sido enviados para derramar sangre.

"Esto es ignorancia, engaño e hipocresía, pues conquistaste con la espada después de haber conquistado con la pluma.

"Cuando aquellos que eran nobles vinieron a ti de grado, fue necesario el sable para someter a los ignorantes.

"Si opones el bien al mal, serás vencido; si opones al mal el mal, saldrás vencedor.

"Les has enseñado todo lo que ignoraban, incluso la guerra y los pactos que acarrea".

Por consiguiente, lo que sí queda claro para Abd al- Raziq es que el Islam puede subsistir sin necesidad de ningún califa, que es una religión laicizante, sin clero, y que de entre los monarcas sucesores del profeta hubo individuos de toda suerte, desde los píos hasta los libertinos y déspotas –predominando los del último género–, puesto que tal y como señala Ibn Jaldún, "la monarquía no es más que el gobierno por la fuerza bruta y la dominación por la violencia", y son puras pamplinas las disquisiciones de los tratadistas clásicos que sostienen que el califa era elegido por votación democrática de las gentes de pluma (administración civil) y de espada (ejército), ya que los ejemplos que de tales elecciones disponemos demuestran la absoluta falta de libertad de los reunidos. Ejemplo: Moavia estaba interesado en que fuera jurado como sucesor su hijo Yazid. En la asamblea convocada para ello, uno de los asistentes se levantó y dijo: "El príncipe de los creyentes es éste –y señaló a Moavia–; si muere será éste –y señaló a Yazid–, y para aquellos que no lo acepten, será éste –y desenvainó el sable".

J. V.



Ruinas de las murallas levantadas por Harún al-Rachid en las cercanías de Rakka.

ción a la tutela que sobre él ejercieron sus propios enemigos. Por otra parte, ciertos motivos económicos contribuían a separar a ambas ramas de la chiía: los fatimíes, incapaces de apoderarse de las costas del golfo Pérsico, que controlaban desde tiempo inmemorial el comercio con Indonesia y China, procuraron desviar el tráfico marítimo hacia el mar Rojo, cuyas costas estaban en su poder, y aprovecharon la coyuntura de que el terremoto de 977 había destruido el gran puerto de Siraf, dejando en la ruina a los armadores que en él residían.

La decadencia buyí pareció que iba a dejar caer a la dinastía abbasí en manos de los fatimíes y durante unos cuantos años la oración se realizó en el propio Bagdad, ocupada por el general turco Basasiri, en nombre del anticalifa de El Cairo. Pero fue por poco tiempo. Las tribus turcas del Asia Central habían empezado su emigración hacia Occidente y sus avanzadillas, los selyúcidas, mandados por Tugrul Bak, ocuparon Bagdad, repusieron en su función "legitimadora" al califa e hicieron que se otorgara a su jefe el título honorífico de sultán. Esta palabra, que aparece por primera vez en esa época con valor político, implica la idea de "detentador efectivo del poder" y tendrá una gran fortuna en lo sucesivo.

Los selyúcidas salvaron durante más de un siglo a la vieja dinastía árabe, para la cual ser dócil a los nuevos amos debió ser relativamente fácil, dado que éstos eran sunníes, ortodoxos, y sin veleidades para con la chiía, a la cual combatieron material y espiritualmente. En el último aspecto, la creación de las madrazas, embrión de las futuras universidades, permitió formar ideológicamente los cuadros de la administración



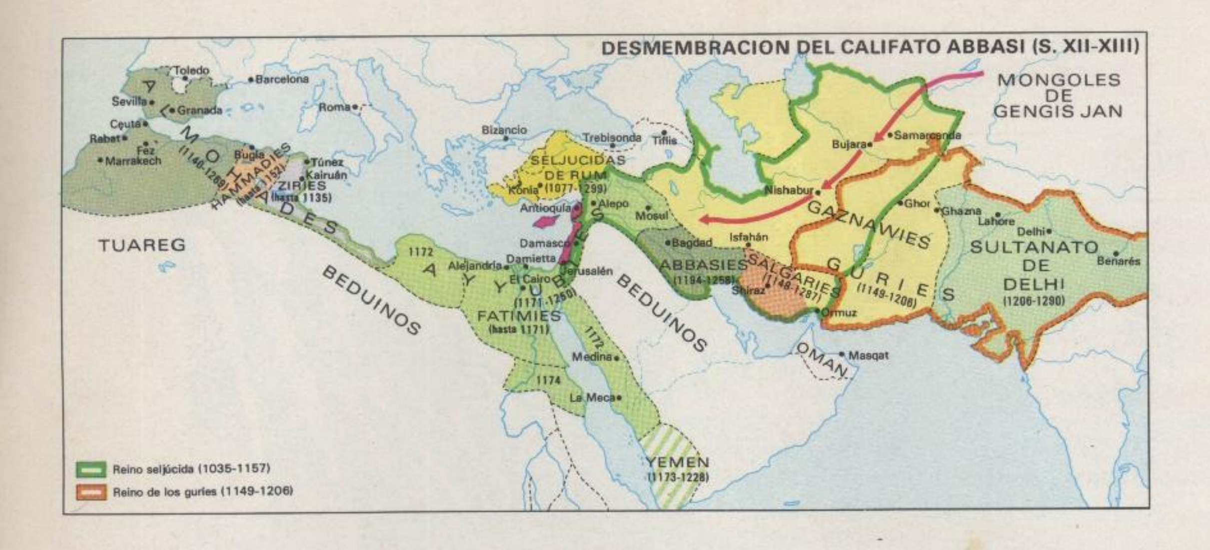
Rey de un juego de ajedrez que probablemente perteneció a Harún al- Rachid (Biblioteca Nacional, París). Este juego, importado de la India por los persas, estaba ya popularizado en el Islam en el siglo VIII.

y a los alfaquíes. La chiía, capitidisminuida por el anquilosamiento del califato fatimí, escindida en infinidad de grupos, intentó sobreponerse a su desaparición mediante la organización terrorista de los "asesinos", secuaces suyos que, debidamente drogados con hachís, eran capaces de cometer los mayores crímenes y asesinar a traición a las más altas dignidades del estado selyúcida.

A fines del siglo XII, el califa al- Nasir (1180-1225) consiguió hacerse de nuevo con el poder. Aprovechó para ello las favorables circunstancias internas y externas que se le presentaban: el peligro mogol obligaba a los Jwarizm-Shah persas a preocuparse de su frontera oriental, al tiempo que los cruzados atraían las fuerzas de los ayubíes; por otra parte, las querellas internas anulaban el poder de los últimos selyúcidas, y así, a partir de 1194, aprovechando el vacío de poder creado en el Iraq, ejerció de hecho sus atribuciones temporales. Pero sus sucesores no pudieron continuar en el disfrute de las mismas y pronto, ocupada Persia por los mogoles, sufrieron los embates de éstos, cayen-

Cofre-relicario realizado por un artista musulmán siciliano del siglo XII (Santa María in Aracoeli, Roma).





Grifo de bronce cincelado, obra de la dinastía fatimí, llevado de Egipto a Italia por un rey franco de Jerusalén (Opera Primaziale, Pisa).

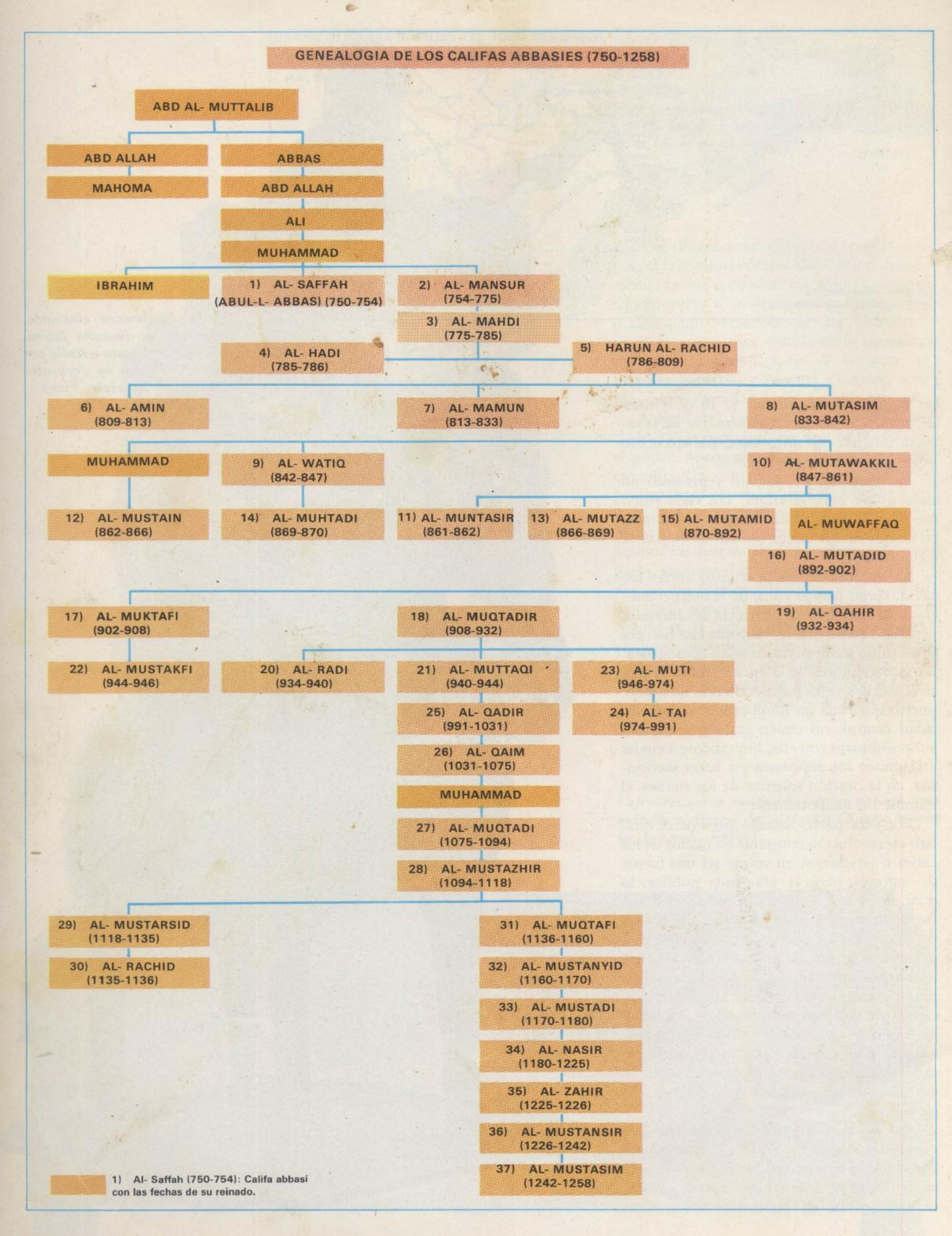
do Bagdad en sus manos el 10 de febrero de 1258, y el último representante de la secular dinastía, al- Mustasim, fue ejecutado por el jefe de aquéllos, Hulaku.

La rendición de Bagdad representó un rudo golpe para el Islam, tan rudo como fue para la cristiandad la caída de Bizancio en manos de los turcos otomanos un par de siglos después.

La instauración de la dinastía abbasí fue causa, como hemos visto, de la independencia de la más alejada provincia del Imperio, España. Eso no quiere decir que éste hubiera constituido siempre una unidad homogénea: los gobernadores de la época omeya habían sido muchas veces independientes de hecho, puesto que, una vez nombrados por la autoridad central, no tenían grandes relaciones administrativas con ella, limitándose a enviar a Damasco los impuestos y a hacer mencionar, en la oración solemne de los viernes, el nombre del califa reinante.

Por otra parte, muchas provincias estaban en revolución constante en manos de los chiíes o jarichíes y, en vez de ser una fuente de ingresos para la Hacienda pública, lo eran de gastos, dado el elevado coste de las fuerzas que habían de asegurar una ficción de autoridad. La diferencia radica en que, a partir de la instauración de la dinastía abbasí, los intentos por someter las provincias rebeldes se van espaciando y éstas adquieren conciencia de que pueden organizarse al margen de Bagdad, cortando los vínculos administrativos con ella siempre que mantengan una ficción unitaria y respeten la mención del nombre del califa en las plegarias religiosas.

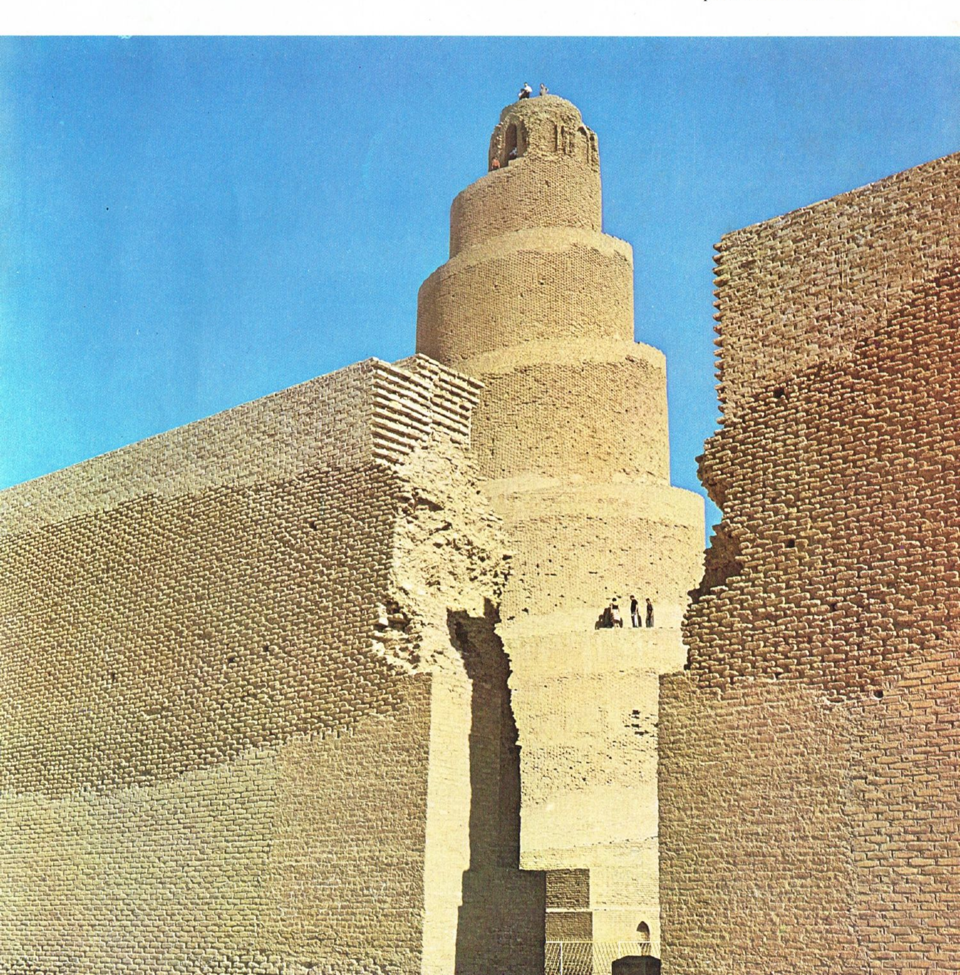
Por eso la independencia de las primeras provincias: España (756), Jurasán (820), Persia (867), constituyen hechos graves, pero en principio no irreparables. En otros casos, en que privan las tendencias heterodoxas


GENEALOGIA DE LOS CALIFAS ABBASIES (750-1258)
ABD AL- MUTTALIB
ABD ALLAH
ABBAS
MAHOMA
ABD ALLAH
ALI
MUHAMMAD
IBRAHIM
1) AL- SAFFAH (ABUL-L- ABBAS) (750-754)
2) AL- MANSUR (754-775)
3) AL- MAHDI (775-785)
4) AL- HADI (785-786)
5) HARUN AL- RACHID (786-809)
6) AL- AMIN (809-813)
7) AL- MAMUN (813-833)
8) AL- MUTASIM (833-842)
MUHAMMAD
9) AL- WATIQ (842-847)
10) AL- MUTAWAKKIL (847-861)
12) AL- MUSTAIN (862-866)
14) AL- MUHTADI (869-870)
11) AL- MUNTASIR (861-862)
13) AL- MUTAZZ (866-869)
15) AL- MUTAMID (870-892)
AL- MUWAFFAQ
16) AL- MUTADID (892-902)
17) AL- MUKTAFI (902-908)
18) AL- MUQTADIR (908-932)
19) AL- QAHIR (932-934)
22) AL- MUSTAKFI (944-946)
20) AL- RADI (934-940)
21) AL- MUTTAQI (940-944)
23) AL- MUTI (946-974)
25) AL- QADIR (991-1031)
24) AL- TAI (974-991)
26) AL- QAIM (1031-1075)
MUHAMMAD
27) AL- MUQTADI (1075-1094)
28) AL- MUSTAZHIR (1094-1118)
29) AL- MUSTARSID (1118-1135)
30) AL- RACHID (1135-1136)
31) AL- MUQTAFI (1136-1160)
32) AL- MUSTANYID (1160-1170)
33) AL- MUSTADI (1170-1180)
34) AL- NASIR (1180-1225)
35) AL- ZAHIR (1225-1226)
36) AL- MUSTANSIR (1226-1242)
37) AL- MUSTASIM (1242-1258)
1) Al- Saffah (750-754): Califa abbasí con las fechas de su reinado.

(chiíes, jarichíes), como es el caso de los rustumíes en Tahert (761) o de los chiíes adrisíes en Marruecos (788), la separación es más radical, pero sin una extraordinaria virulencia, puesto que sus actores no adoptan un título califal. Pero en todos estos movimientos se ve como las distintas orientaciones religiosas suplen la falta de partidos políticos laicos.

Dentro de estas independencias locales, conseguidas antes del año 1000, adquiere una importancia especial la que acaudilló la familia fatimí –llamada así porque pretendía descender de Alí y Fátima– y que desembocó en la proclamación de un anticalifato que, a su vez, y como eco, movió al emir omeya independiente en España, Abderramán III, a proclamarse a su vez califa. Así, el Islam, como siglos después la cristiandad,

La torre de Al- Malawiya, con rampa exterior en espiral, era el alminar de la mezquita de Samarra, Irak.



Plato restaurado de la última época de Samarra, en cuya decoración se representa una camella y su cría (Museo del Louvre, París).



IBN HANI

Uno de los máximos poetas arabigo-españoles fue, sin duda, Ibn Hani, sevillano, que, debido a sus costumbres depravadas (¿o a su chiismo?), tuvo que abandonar su patria y refugiarse en la naciente corte fatimí, en donde hizo las delicias de al- Muizz con sus panegíricos y tuvo la suerte de asistir a las grandes victorias que se estaban obteniendo en Egipto. Y como buen poeta memorialista –periodista diríamos hoy–, increpó a los vencidos con estos versos:

"Los abbasíes preguntan: –¿Es que ha sido conquistado Egipto?– Contesta a los abbasíes: –Sí, es hecho cumplido.

"Chawhar ha dejado atrás Alejandría; la victoria se le ofrece, el éxito le precede.

"Egipto le ha enviado parlamentarios y ha añadido un puente a las bóvedas del suyo.

"El hoy, hijos de Abbas, ya no os pertenece; os habéis quedado sin Egipto y sin muchas ciudades.

"No habléis más de vuestro poder de épocas pasadas: ese tiempo ya no existe, estamos en otra era.

"¿Dudáis de nuestro ejército? ¡Paciencia! ¡Esperad! Aquí están las lanzas vibrantes de nuestras tropas inacabables.

"Los caballeros de Dios suben, brillando, por encima de la religión y del mundo, del mismo modo que asciende la aurora.

"He aquí al hijo del profeta, que prosigue su venganza: el hombre de bien nunca la olvida.

"Dejad abrevar a sus caballos en el Éufrates; llegará, mal os pese, a un torrente o a un río.

"¿Es que dudamos de que el sol sea el sol cuando brilla ante nuestros ojos sin estar oculto por ninguna nube?

"Y, si bien lo pensáis, el sol sólo es un signo, nada más que un signo y una advertencia para vosotros.

"¡Vamos! ¡Sed espigas que se siegan o vasallos de un rey que con sus manos reparte la muerte y la vida!

"Venid a un aguador cuyos pozos no se secan, al igual que las perlas que nunca se agotan.

"Obedeced a un imán que sobrepuja a los imanes del mismo modo que las prácticas rituales quedan en nada ante la caridad.

"Si le seguís, es él vuestro protector; él es el único entre vosotros que, descendiente del Enviado de Dios, va directo a la gloria.

"Si no, marchaos. Entre vosotros va a ocurrir algo que el tiempo no confesará.

"Las nobles azoras ¿fueron reveladas por el pariente de Alí o por vuestro liberto?

. . . .

"¿Es que no veis que en este inmenso universo no queda ni un palmo de tierra a los abbasíes?

"El mundo pertenece a la familia de Mahoma, y su dinastía, virgen, arrastra la cola de su traje nupcial.

"Para ti, al- Muizz, se han preparado ofrendas cuyos adornos son la poesía, cuyo significado es la prosa.

"Al- Muizz ha restablecido los derechos de los alíes; colma de beneficios a los suyos y mucho más los reserva.

"Él fortifica la vía, la religión y a aquellos a quienes le unen lazos de sangre –¡cuántos elogios merece!–.

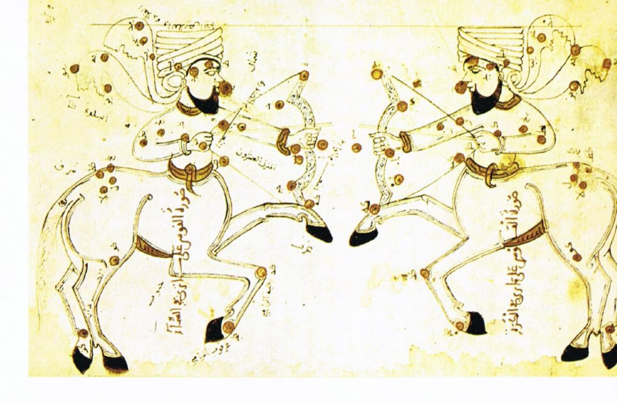
"Él sacó del peligro a los alíes en Oriente y Occidente y transformó su miedo y terror en tranquilidad.

"Cada chii avanza, orgulloso, como si tuviera a Sirio en la mano y a la Luna en el rostro".

J. V.

sufrió un cisma tricéfalo –Bagdad, El Cairo, Córdoba– entre los años 929 y 1031, y bicéfalo desde el 909 hasta el 1171.

Los fatimíes eran un grupo chii que sostenía que la herencia legítima de Alí recaía en el séptimo descendiente de éste (de aquí el nombre de septimanos que reciben), Ismaíl, y en sus legítimos sucesores. Pero lo que los diferenciaba radicalmente de otras ramas de la chiía era la doctrina: afirmaban que el jefe de la secta constituía la encarnación de la divinidad y, por consiguiente, que estaba más allá del bien y del mal, que era impecable. Naturalmente, unas enseñanzas de este tipo tenían que chocar con las creencias oficiales, y por ello sus misioneros procedieron a la iniciación progresiva de los neófitos.



Una página del "Tratado sobre las estrellas fijas", de As-Sufi, que representa a Sagitario en dos figuras enfrentadas (Biblioteca del Vaticano).

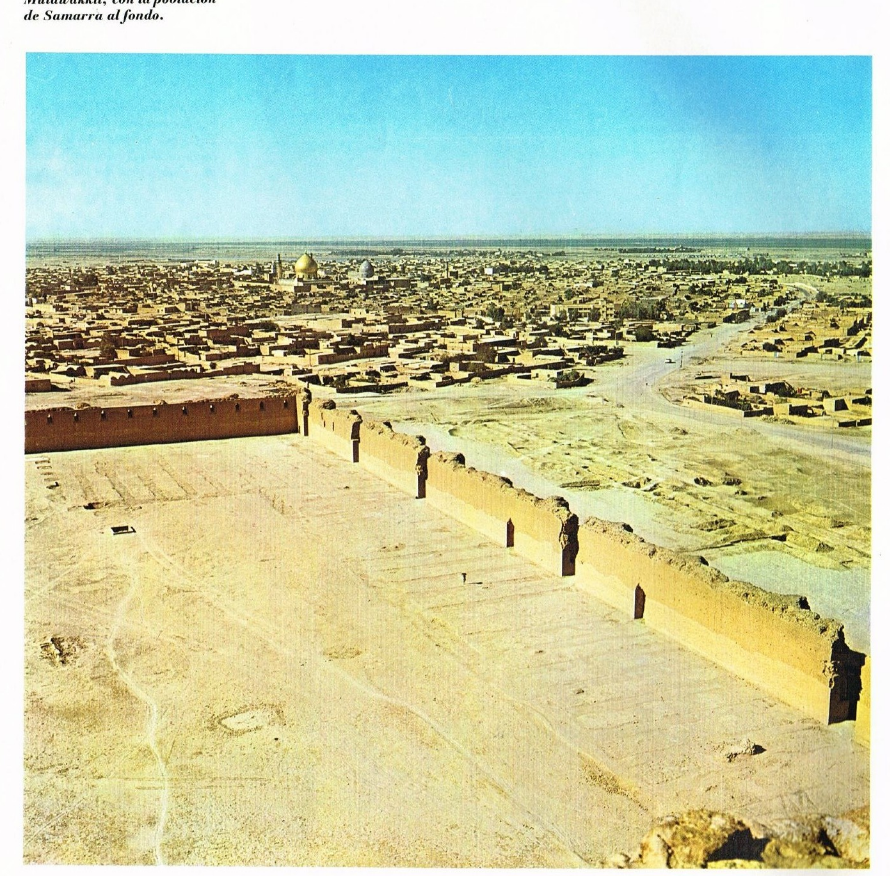
El "Maqamat", de al-Hariri, está ilustrado con miniaturas persas del siglo XIII. En la presente, unos personajes árabes, montados en dromedarios, llegan a una ciudad (Biblioteca Nacional, París).

La predicación ismaelí fue, pues, esotérica: para los principiantes, las "verdades" nuevas eran escasas y en general coincidían con las admitidas por la ortodoxia, pero, poco a poco, se les iba apartando de ésta para terminar convenciéndoles de que su propia razón guiada por una adecuada exégesis, en que la cábala jugaba no poco, les llevaría a la verdad absoluta. O acababan convenciéndoles de que todo cuanto poseían pertenecía a "su" imán y califa.

La propaganda de estas doctrinas tuvo poco éxito en Oriente, pero triunfó en Occidente, en donde uno de los misioneros fatimíes, Abu Abd Allah, consiguió convertir a sus ideas a la tribu tunecina de los kutama y, con ella como base, terminar con los aglabíes. Cuando el triunfo era ya seguro llamó a su jefe, Ubayd Allah, que estaba entonces en Egipto, para que pudiera hacerse cargo del poder.

La ruta seguida por éste corrió por el interior del Sáhara, pero al llegar a Sichilmessa fue detenido por la dinastía local que señoreaba la ciudad, los midrasíes, y metido en una mazmorra, en la cual tuvo que discu-

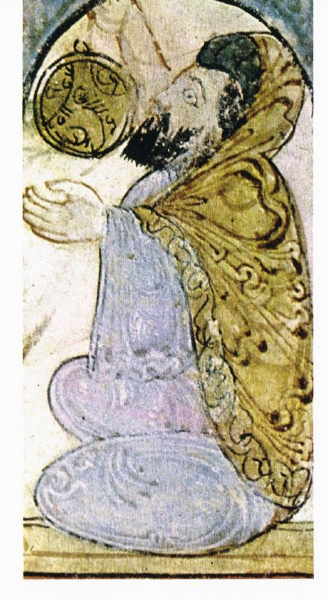
Muros de la mezquita de Al-Mutawakkil, con la población de Samarra al fondo.



tir con los astrólogos de sus enemigos acerca de la viabilidad de la misión que le esperaba. Su fiel Abu Abd Allah le liberó del cautiverio con la fuerza de las armas, le llevó a la ciudad de Raqqada y le proclamó califa con el nombre de al- Mahdí ("El Mesías"). En agradecimiento de los servicios prestados, al- Mahdí hizo asesinar a Abu Abd Allah y se consagró de lleno al gobierno de sus estados (909-934).

La posterior política fatimí estuvo dirigida a dominar el Mediterráneo central, enfrentándose con la flota de los omeyas españoles, y a conquistar Egipto. Varias expediciones partieron rumbo a Oriente y todas fracasaron, carentes de puntos de apoyo. Pero, al fin, al- Muizz (952-975) consiguió la hazaña –único caso en la historia– de conquistar el valle del Nilo con un ejército procedente de Occidente. La expedición victoriosa fue cantada por un poeta andaluz a su servicio, Ibn Hani, y como recuerdo de ella mandó edificar la ciudad de El Cairo (969) y construir la mezquita del Azhar, que, con el correr de los siglos, han llegado a ser, respectivamente, la capital del mundo árabe y la universidad islámica por excelencia.

Sus sucesores quisieron continuar la marcha hacia el Este, pero no fueron afor-



Un astrónomo árabe examina la inclinación de las estrellas con ayuda de un astrolabio para predecir el futuro de un recién nacido, detalle de una miniatura persa del siglo XIII (Biblioteca Nacional, París).

ORGANIZACION DEL CALIFATO DURANTE LOS ABBASIES

Ley islámica
(saria)

Califa

Murtaziqah

Tropas regulares
y guardia del califa
(yund)

Diwan del ejército,
en ocasiones,
o un emir

Visir (wazir), primer
ministro

Poderes limitados (tanfid)

Poderes ilimitados (tawfid)

Infantería
(harbiyah)

Arqueros y lanzadores
de nafta
(lamiyah y naffatum)

Caballería
(fursan)

Cuerpos de ingenieros
e intendencia

Voluntarios
(mutatawwia)

Cancillería central
(diwan al- dar),
que durante su período
de existencia absorbió
a las demás

Gobierno
provincial

Gran cadí de Bagdad
(qadi l-qodat)

Cadís provinciales

Ulemas, conocedores
de la ley coránica

Imán, director
de la oración
y la predicación
(jutba)

Cancillería del palacio
del califa
(diwan al- nafaqat)

Cancillería de inspección de cuentas
de los demás diwan
(diwan al- azimma)

Cancillería
de correspondencia
(diwan al- tawqid)

Cancillería de policía
(diwan al- surta)

Emir (amir),
gobernador civil
y militar

Cancillería
de Hacienda
(diwan al- jaray)

Cancillería de correos
e información
(espionaje) secreta
(diwan al- barid)

Cancillería de revisión
de agravios y
sentencias judiciales
(diwan al- nazar fil-mazalim)

Recaudador
de impuestos
(amil)

Jefe de policía
(sahib al- surta)

Almotacén (al- muhtasib),
jefe de policía municipal,
encargada de los mercados
y la moralidad pública

Organización judicial.

Organización administrativa, con algunos de los principales diwanes.

Organización militar.

Organización religiosa.



Plato de cerámica de Kashan o Rayy, Persia, del siglo XIII (Institución Smithsoniana, Freer Gallery of Art, Washington). La decoración representa a dos cortesanos gozando de la música y el vino. El caballero toca el arpa; la dama tiene una copa en la mano.

tunados y se estrellaron contra los turcos y los bizantinos, que vivían entonces el gran renacimiento representado por la dinastía macedónica. Por otra parte, las locuras de al- Hakim (996-1020) contribuyeron a mellar la fuerza de la dinastía y dieron origen al nacimiento de la secta de los drusos, que le divinizó y que tan gran papel político había de desempeñar en tierras de Palestina y Líbano.

Estas circunstancias motivaron que los califas fatimíes no pudieran evitar la separación de sus territorios occidentales, que quedaron en manos de los ziríes, primero sus fieles servidores y luego insolentes rivales. Para vengarse de ellos, el califa al- Mustansir (1036-1094) financió la emigración masiva de las tribus árabes beduinas de los Banu Sulaym y Banu Hilal, que saquearon los territorios reticentes, arrasaron los olivos que, desde la antigüedad, hacían la riqueza de Túnez, y durante siglos constituyeron un

elemento de inestabilidad política en toda el África Menor, a la que, por otra parte, contribuyeron a dar el baño de arabización con el cual la vemos hoy día.

En Oriente, los fatimíes tuvieron que enfrentarse, tras los bizantinos, con los cruzados y para hacer frente a estos últimos recurrieron cada vez más a los servicios de turcos mercenarios, que, mandados por el ayyubí Saladino, suprimieron el califato fatimí (1171) y reinstauraron la ortodoxia en Egipto.

El protagonista del "Maqamat", de al- Hariri, predicando en la mezquita de Samarcanda, según una miniatura de dicha obra (Biblioteca Nacional, París).



BIBLIOGRAFIA

Abbot, N.	*Two Queens of Baghdad,* Chicago, 1937.
Ali Abd al- Raziq	*Al- islam wa- usul al- hukm* (en árabe), El Cairo, 1925.
Diehl, Ch., y Marçais, G.	*Le monde oriental de 395 à 1081,* París, 1936.
Gaudefroy-Demonbynes, M., y Platonov	*Le monde musulman et bizantin jusqu'aux croisades,* París, 1931.
Hartmann, R.	*Zur Vorgeschichte des Abbasidischen Schein-Chalifates von Cairo,* Berlín, 1947.
Hodgson, A.	*The order of Assassins,* La Haya, 1955.
Ivanow, W.	*Ismaili traditions concerning the rise of the Fatimids,* Bombay, 1942.
Lewis, B.	*The origins of Ismailism,* Cambridge, 1940.
Mez, A.	*El renacimiento del Islam,* Madrid-Granada, 1936.
Muir, W.	*The Caliphate, its rise, decline and fall,* Edimburgo, 1915.
Wüstenfeld, F.	*Geschichte der Fatimiden-Chalifen,* Gotinga, 1881.



Decoración interior de una taza iraní del siglo XIII (Museo de Lucerna).